

Alfonso Mendiola, *Diálogo con historiadores: François Hartog, Roger Chartier, Hayden White, François Dosse, Pierre Antoine Fabre, Hans Ulrich Gumbrecht*. México: Ediciones Navarra, 2017, 175 pp.¹

La historiografía se mueve constantemente junto con la historia que estudia y con el lugar histórico donde se elabora.²

Reseñar

Escribir una reseña es un doble ejercicio de orientación. A) El escritor de la reseña, lector del libro, cuestiona su propio lugar de observación (autorreflexiona). Es decir, se pregunta por las condiciones de posibilidad que permitieron su encuentro con el libro. B) Al mismo tiempo ubica la publicación del libro contextualizando hacia quién va dirigido, señalando los lugares que lo posibilitaron, las propuestas que están en juego y las discusiones de las que es partícipe. Esta práctica permite establecer una relación crítica con el libro además de reflexionar y continuar ejercitando la lectura, es decir: las formas en que nos relacionamos con el conocimiento. La reseña es, en este sentido, una cartografía de los itinerarios del pensamiento. Lejos de alentar el consumo banal de un libro, la reseña incita a su creación, pues recordemos que este no existe sin lector. Reseñar es navegar y, al mismo tiempo, construir la ruta. La reseña no facilita, ni resume, complejiza y retarda la comprensión del libro: la infinitiza, la vuelve una búsqueda sin fin. Reseñar es pensar para darse un lugar en el presente gracias al envío de otro del que nos llega su libro, sus resonancias.

Mis coordenadas. Desde dónde leo

Desde la década de los sesenta del siglo pasado, uno de los gestos principales de cierta historiografía³ ha sido mostrar el carácter histórico de su propia práctica.⁴ Asumir esta noción, en sus máximas consecuencias, sitúa a la disciplina histórica en una permanente autorreflexión de sí misma, en sus propios términos. Los resultados de esta operación son múltiples, no obstante, me interesa aquí resaltar una de ellas: la pregunta por el pasado es sobre todo una pregunta por el presente. El historiógrafo, inscrito en un horizonte cultural, lleva consigo impresas inquietudes, interrogantes y certezas de su presente. No puede salirse de ellas, aunque sí puede situarse en sus márgenes y, desde ahí, operar. Las formas de invención y aproximación al pasado (este no existe en sí, se produce), dejan ver los límites del conocimiento del presente: su forma de organizar el conocimiento, las funciones sociales, el rol de los sujetos, los ejercicios del poder, etc. En

¹ Las citas del libro estarán entre paréntesis.

² Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2010), 122.

³ Por historiografía a lo largo del texto entiendo: el oficio que historiza la escritura, así como su propia práctica.

⁴ Véase François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la nueva historia* (México: Universidad Iberoamericana, 2012), 249.

este sentido, uno de los lugares sociales de la historiografía es el señalar ahí donde una verdad se ha postulado como la única y universal. Entrecomillarla y mostrar su contingencia, así como la de la operación misma de la historiografía, es romper con toda verticalidad del saber apelando su horizontalidad y multiplicidad.

En la actualidad, acoplarse a la aceleración del tiempo en todos los ámbitos de las formas de vida, pareciera que es la única opción posible para vivir en sociedad. Mantenerse actualizado, seguir el ritmo, estar a la moda, se convierte en la (pre)ocupación de los individuos, so pena de marginación. Afirmar esta forma por simple reacción (sin reflexión), es entregarse a la fuerza de arrastre del encadenamiento, sin fin, de producción sin ningún objetivo más que la acumulación misma. En este flujo, cualquier distracción es una interrupción que debe de eliminarse, o en el mejor de los casos, arreglarse de inmediato. No hay tiempo para sí, sólo para el flujo, es decir, para la reacción en cadena de su esencia: autodestrucción (consumo, deshecho, consumo, deshecho...). Una resistencia, que no solución ni salvación, que permite frenar, suspender, e irse a los márgenes del flujo es la historiografía, al menos, la autorreflexiva (aquella que toma distancia del presente y del pasado mostrando su extrañeza).

El libro

Diálogo con historiadores es una cartografía del saber historiográfico autorreflexivo de la última década del siglo XX a nuestros días. El libro reúne seis entrevistas a seis historiógrafos hechas por Alfonso Mendiola, también historiógrafo. La ruta principal que guía el contenido del libro es el cuestionamiento, por parte de los historiógrafos, sobre su propio oficio “a partir de los mismos procedimientos que utilizan en sus investigaciones” (p. 9). Esta autorreflexión, instaurada recientemente, hacia la década de los sesentas del siglo XX, ha sido posible debido a que el historiógrafo ha asumido su propia contingencia al momento de llevar a cabo su labor.⁵ Esto quiere decir que todas las escrituras de las historias están, ellas mismas, inscritas *en* el paso del tiempo y no *sobre* el tiempo. En este sentido, las lecturas de los textos hechos por historiógrafos no dicen más la verdad de lo que sucedió, pues afirmarlo sería situarse por *encima* del transcurso del tiempo como si el autor fuera omnipresente y neutral. Lo que es posible leer en dichos textos es, entonces, cómo una sociedad en la que hay escrituras de historias, se establecen las relaciones del tiempo y espacio, así como el tejido de discursos que constituyeron su epistemología (claro, sin olvidar que, la lectura se hace desde un contexto). A este proceso de cambio de forma de hacer historia, Mendiola lo ha nombrado: “giro historiográfico”.⁶ En este tenor, las

⁵ En la nota dos refiero al libro de François Dosse en el que se puede profundizar sobre el tema. Vale la pena mencionar, también, uno de los artículos de Alfonso Mendiola en donde elabora su propia interpretación de lo que él llama el “cierre cognitivo” de la ciencia histórica. Es importante señalar que esta reflexión es un eje central en las producciones históricas de Mendiola, desde hace más de dos décadas. Véase Alfonso Mendiola, “La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentativa y/o narrativa?”, *Historia y Grafía*, 24 (2005): 97-127.

⁶ Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Grafía*, 15 (2000): 181-208. Vale la pena leer todo el número de la revista para profundizar sobre los ejercicios que el “giro historiográfico” despliega en la investigación histórica.

entrevistas son acerca de cómo este “giro” ha alterado la concepción y producción de la historiografía ya sea en los estudios helenistas, medievales, así como aquellos que se enfocan en estudiar las emergencias de la Modernidad, la relación actual del historiógrafo y el archivo, y, por su puesto, con la escritura misma.

La trayectoria intelectual de Alfonso Mendiola, atraviesa, y es atravesada, por las preguntas y problemáticas de las condiciones de posibilidad del saber historiográfico. En sus publicaciones, en las que, por cierto, este libro es de las más recientes, se encuentran una serie de bifurcaciones en las que sus propuestas historiográficas han abierto importantes cuestionamientos sobre temas de seria importancia para la disciplina, así como para la filosofía,⁷ la antropología,⁸ la etnología,⁹ el psicoanálisis,¹⁰ los estudios literarios y de retórica.¹¹ Seguidor asiduo e impecable del pensamiento contemporáneo francés, en especial, de la obra de Michel de Certeau, Mendiola ha sido parte de las iniciativas de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México (UIA) –institución de la que es parte del cuerpo docente e investigador del Departamento de Historia–, para fomentar las relaciones entre el contexto local y algunos historiógrafos franceses. Entre ellos, François Hartog, François Dosse, Roger Chartier y Pierre Antoine Fabre, todos marcados, de una forma u otra, por el “giro historiográfico”. Asimismo, debido a las discusiones acerca de la narrativa en la historiografía y sus relaciones con lo “real”, el lugar de la hermenéutica y la estética, las relaciones con Hayden White, Hans Ulrich Gumbrecht y Frank Ankersmit, han sido prolíficas. La editorial de la UIA, así como la revista *Historia y Grafía*, fundada en 1993 por un grupo de docentes del Departamento de Historia, ha sido el principal soporte en el que los textos de estos autores, y muchos más, han circulado desde el primer número publicado hasta el actual, desplegando las discusiones y mezclas de este entrecruce de discursos y posturas.¹²

⁷ Véase Alfonso Mendiola, “¿Es posible el diálogo entre filosofía e historia? El caso O’Gorman”, *Historia y Grafía*, 25 (2005): 79-104.

⁸ En concreto, con el uso de fuentes escritas para reconstruir el pasado, véase: Alfonso Mendiola, *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica* (México: Universidad Iberoamericana, 2010), 171. Para leer el recorrido de cómo Mendiola ha llegado a plantear esta obra, remito a la lectura del prólogo escrito por Guy Rozat. Asimismo, vale la pena leer la reseña escrita, también por Rozat, de la re-edición del libro de Mendiola en el año 1995. Alfonso Mendiola, reseña de *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*, por Guy Rozat, *Historia y Grafía*, 6 (1996): 210-214.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ La traducción del libro de Michel de Certeau, *Historie et psychanalyse entre science et fiction*, al español, por la UIA, en su primera edición (1995) estuvo a cargo de Alfonso Mendiola. Para un estudio subsecuente acerca de la relación entre historiografía y psicoanálisis, con énfasis en la obra intelectual de Michel de Certeau, véase Alfonso Mendiola, *Michel de Certeau: epistemología, erótica y duelo* (México: Ediciones Navarra, 2014), 173. En especial el capítulo tres.

¹¹ Véase Alfonso Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad: la construcción retórica de las batallas de la conquista* (México: Universidad Iberoamericana, 2003), 431. En concreto revítese el capítulo tres. Véase, también Alfonso Mendiola, “La *amplificatio* en el género epidíctico del siglo XVI”, *Historia y Grafía*, 43 (2014): 103-125.

¹² En línea están disponibles del número 37 al 48. <http://www.revistahistoriaygrafia.com.mx/index.php/HyG/index> [consulta el 27 junio, 2018]. De su fundación, al número nueve de la revista el director fue Guillermo Zermeño. Del número diez a la actualidad, Alfonso Mendiola tomó la dirección.

Proveniente de la generación de 1968, y de su formación temprana (licenciatura en antropología) en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en la que cierto marxismo se había instaurado como línea de pensamiento “oficial” (influenciado por un positivismo y un ambiente revolucionario cuya radicalidad, situaba al pensamiento rápidamente en el registro de la ideología y no de la crítica), Mendiola comenzó a formarse atendiendo otras discusiones que llevaban la reflexión hacia otros lugares. Los estudios de las ciencias del lenguaje, efervescentes en Francia y en Estados Unidos, se introdujeron en saberes alterando, radicalmente, la concepción acerca de escritura y sus formas. La incursión de Mendiola a estos estudios ha sido, en gran parte, fructífera para sus estudios ya citados. Asimismo, la envidia del Departamento de Historia de la UIA, para continuar por esa ruta de pensamiento crítico, inédita en el contexto historiográfico en México a no ser por la obra de Edmundo O’Gorman, tuvo la suficiente fuerza para operar como matriz, foro, fábrica y dispensadora de estas aproximaciones intelectuales al ejercicio de la historiografía. Sin este contexto, este libro probablemente no habría sido concebido. Cabe resaltar que más que datos biográficos, el énfasis que hago es sobre los lugares y corrientes a las que pertenecieron y pertenecen las incursiones intelectuales de Mendiola. Sería absurdo pensar que este libro no haya estado dispuesto por estas influencias y disposiciones.

Las seis entrevistas que componen el libro fueron realizadas en distintos lugares y tiempos (de 1998-2009, entre la Ciudad de México y Francia), siendo cinco publicadas en la revista *Historia y Grafía* en números distintos. Ahora reunidas, siguiendo a Mendiola, su (re)publicación en formato libro responde a dos razones: “[...] porque se ha vuelto difícil encontrarlas y, dos, porque el leerlas en conjunto dan una perspectiva nueva. Al leerlas se revela un diagnóstico de la disciplina ante el siglo veintiuno” (p. 10). El lector se enfrenta, entonces, a un libro ya leído y, previa a su aparición como unidad, diseminado. No es hasta hace pocos años que las revistas científicas solían salir únicamente en impreso. A no ser por la transición del impreso al formato digital de las revistas, el contenido de aquellas que han quedado fuera de la red ha quedado suspendido. La dificultad de encontrar estas entrevistas responde a esa condición, además de haber sido publicadas en una revista especializada, lo que de por sí ya reduce el número de lectores, al menos en el contexto en México.

Tanto Mendiola como los entrevistados, al momento de las entrevistas, respondían a inquietudes, nociones, pensamientos, proyectos y conclusiones propias de ese momento. Sería un error pensar que los historiógrafos involucrados al día de hoy están en el mismo lugar sosteniendo las mismas problemáticas. Si los autores, antes de serlo, son lectores, y al mismo tiempo, forman parte de una sociedad, lo que está en juego en las entrevistas son los contextos desde los que se estableció el intercambio.

Cotejando las entrevistas en su primera publicación en la revista, con las que aparecen en el libro, una serie de diferencias breves y sutiles, no por ello menores, comienzan a brotar. El proceso de realización de las entrevistas, su traducción en caso de que el diálogo haya sido realizado en un idioma diferente al español, la transcripción (el paso de lo oral a lo escrito, que es ya, un cambio sustancial), así como la edición del texto

“final” o su revisión por parte del entrevistado si es que se hizo, es un ejemplo claro de cómo lo que nosotros leemos es una fabricación que responde a una serie de circunstancias específicas que alteran, desde su “origen” al texto. Es por ello que Mendiola, en la introducción del libro, a propósito de las entrevistas, menciona: “En tanto que historiador, lo único que se puede decir es que hay que dejar de ser ingenuo al leerlas” (p. 10).

El contenido puntual de cada entrevista llevaría un ensayo de largo aliento. Basta decir que, juntas, son un “diagnóstico [...] de la historia en la actualidad” (p. 10), en el sentido que he ido hilando desde el inicio de esta reseña. Es por ello que, más que un resumen del contenido, he optado por trazar de dónde viene el libro, su tesis principal, y cómo se inscribe no solo en el contexto historiográfico, también en otros saberes colindantes. No obstante, considero pertinente citar los puntos cardinales escogidos por Mendiola de hacia donde se dirigen las entrevistas:

En general hay una problematización de reducir la historia a puro discurso o mejor, a reducirla a un texto de ficción. Sin embargo, esta proposición no regresa a plantear una relación ingenua entre discurso y realidad. Se destaca la nueva forma de temporalización del tiempo que se ha dado en el presente. De una visión del futuro como positivo a uno apocalíptico. Otro aspecto del análisis de la historia es la emergencia de la presentificación sobre la del sentido. Estaríamos en una era poshermenéutica. Se ve, a través de las entrevistas, la aparición de las siguientes palabras: conmemoración, memoria, testigo. Para cerrar diría que aparece un nuevo uso de la imagen en la investigación del pasado (p. 11).

Re-escribir

El libro está dirigido a historiógrafos, aunque, también, hacia aquellos lectores que interesados en el oficio de la historia. Este libro no brinda respuestas, plantea preguntas y orienta. La lectura propone una constante reflexión, pero, sobre todo, una re-escritura. ¿De qué? De la concepción de la vida misma, las certezas que solemos adjudicar como bases de aquello que decimos ser. El gesto historiográfico propuesto en el este libro radica en saber que en el pasado las cosas no eran como hoy. Así pues, “El historiador produce negaciones con sentido, pues la historia consiste en decir ‘eso no es’”.¹³ En este sentido, la escritura de la historia no podrá saturarse ni finaliza nunca. Esta se mueve, cambia. Es sin fin. De ahí que la historia no sea, más bien, esté por ser. La misma fórmula opera en quienes la escriben. Este libro alumbrará esas escrituras que están por llegar.

Jorge Andrés Gordillo López
17, Instituto de Estudios Críticos
andres_gl900@hotmail.com

¹³ A. Mendiola, “La inestabilidad de lo real”, 125.

Fecha de recepción: 2 de junio de 2018.

Fecha de aceptación: 8 de junio de 2018.

Publicación: 30 de junio de 2018.